



16 comentarios sobre la(s) sociología(s) y la(s) comunidad(es)*

Pablo de Marinis

Docente-investigador. Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Investigador invitado en el Instituto Nacional de Ciencias Penales, México DF
Email: pdemarinis@netizen.com.ar

Papeles del CEIC
ISSN: 1695-6494



15
marzo 2005

Resumen	Abstract
16 comentarios sobre la(s) sociología(s) y la(s) comunidad(es)	16 commentaries about Sociology(s) and Community(es)
El texto aborda el concepto de "comunidad" como una problemática sociológica, revisando tanto las formulaciones clásicas de la sociología (considerando especialmente la polaridad conceptual <i>Gemeinschaft-Gesellschaft</i>) como versiones más actuales. Pese a que a menudo se le ha otorgado a la comunidad un certificado de defunción, ella ha sido reactivada y reinventada por las racionalidades políticas contemporáneas. Por su parte, la "sociedad" (la más grande invención de la sociología) parece desvanecerse o desconvertirse, a través de un proceso que asume tres dimensiones diferenciadas aunque interconectadas: la economización de medios de gobierno del Estado, la reinención de la comunidad y el despliegue de unas tecnologías de un yo activo. Así, pese a asumir nuevos rasgos que las diferencian de las viejas comunidades del pasado, las actuales comunidades "postsociales" siguen siendo, aún hoy, terreno privilegiado de construcción de sentido e identidad.	This article takes the concept of "community" as a sociological issue. This task is done revisiting the classical formulations of sociology (especially considering the conceptual polarity <i>Gemeinschaft-Gesellschaft</i>) as well as more contemporary versions of it. "Community" was often considered dead, but it has been recently re-invented and re-activated by contemporary political rationalities. In turn, "society" (the greatest invention of sociology) apparently vanishes in the context of a process which has three differentiated but interconnected dimensions: the economization of the means of government of the State, the re-invention of community and the deployment of technologies of an active self. Community has currently new features, which were not present within those old communities of the past. But current "post-social" communities still are, even today, a privileged field for the construction of meaning and identity.
Palabras clave	Key words
comunidad-sociedad, lo social-sociología, racionalidad política	community-society, the social-sociology, political rationality
Índice	
0) Cero	2
1) Sobre modestias y ambiciones de la sociología	2
2) Los sociólogos clásicos (en bloque y uno por uno)	4
3) El tercer objetivo (implícito) de la invención de la fórmula "comunidad-sociedad"	6
4) Lo que se gana por un lado, puede perderse por el otro	7
5) La sociología y la "invención de lo social"	9

* En este trabajo reaparecen algunos de los temas y problemas desarrollados previamente en otros contextos. Véase de Marinis (1999; 2000; 2002; 2003; en prensa).



6)	La sociología no puede patentar la sociedad como su invento exclusivo	10
7)	¿Por qué no ver lo que se ve?	12
8)	Sociología como “clínica social”	14
9)	Una pausa para tomar algo de aire	16
10)	Lo que en este texto se pasará rápidamente por alto	17
11)	La desconversión de lo social, toma 1 (un Estado “adelgazado”).....	18
12)	La desconversión de lo social, toma 2 (una comunidad reinventada).....	22
13)	La desconversión de lo social, toma 3 (unas tecnologías del yo activo)	24
14)	Breves ilustraciones acerca de la desconversión de lo social.....	26
15)	Sobre viejas y nuevas comunidades.....	28
16)	Para concluir: sobre la(s) sociologías y la(s) comunidad(es)	30
	Bibliografía	34

0) CERO

Los 16 comentarios que siguen pretenden introducirse en la problemática de la “comunidad”, poniendo especialmente el foco en cómo la(s) sociología(s) la ha(n) concebido y construido, desde las primeras formulaciones en el marco de la polaridad conceptual que ella hacía con la “sociedad”, hasta sus versiones más actuales. Pese a que en reiteradas ocasiones se le ha extendido a la comunidad su certificado de defunción, ella ha sido recientemente reactivada y reinventada por las racionalidades políticas contemporáneas. Por otro lado, la más relevante invención de la sociología (la sociedad) parece desvanecerse, o “desconvertirse”. Así, pese a asumir nuevos rasgos que la diferencian de las viejas comunidades, las actuales comunidades “postsociales” siguen siendo, aún hoy, terreno privilegiado para la construcción de sentido e identidad.

1) SOBRE MODESTIAS Y AMBICIONES DE LA SOCIOLOGÍA: LA INVENCIÓN DE LA POLARIDAD CONCEPTUAL “COMUNIDAD-SOCIEDAD”

Las sociologías actuales suelen ser bastante modestas. Se dedican a hacer su tarea, cuentan sujetos, inventan nuevos campos de indagación, refinan sus procedimientos y sus teorías, muerden sin temor los límites de los territorios ocupados por otras disciplinas sociales, pero —muy a tono con la época— no pueden evitar beber del manantial de los escepticismos respecto de cuestiones tan venerables como totalidad, causalidad, determinación, verdad. A diferencia de ellas, la sociología clásica, la de la segunda generación de “padres fundadores” del anteúltimo cambio de milenio, todavía se permitía lanzar definiciones fuertes, canónicas, acerca de



la naturaleza del individuo socializado, acerca de las notas distintivas de la sociedad que empezaba a socializarlo bajo nuevas formas, y acerca del cambio histórico fundamental que barrió con las formas tradicionales de la vida colectiva y abrió paso a las sociedades modernas. *Gemeinschaft-Gesellschaft*, comunidad-sociedad, fue la polaridad conceptual fundamental, la fórmula básica inventada y utilizada por casi todos los miembros de esta generación de sociólogos, con la intención de decir algo (relevante) acerca de todos estos temas (tan relevantes).

A través de la invención de esa fórmula, los sociólogos clásicos se propusieron varios objetivos a la vez.¹ Por un lado, captar los rasgos más significativos de una mutación histórica, marcando puntos de partida y puntos de llegada de la misma, identificando sus polos. Por el otro, construir tipos ideales de relaciones sociales, conceptos que sirvieran para describir formas particulares de agregación.

Estos dos objetivos estaban a su vez vinculados a la búsqueda por establecer pautas “adecuadas” para el estudio de los asuntos humanos. Se trataba, pues, de sentar las bases de un tipo peculiar de cientificidad para el estudio de los asuntos humanos, y de lograr para la sociología una inserción académica e institucional de la que hasta entonces había carecido. Por eso, estos sociólogos (quizás los primeros en designarse a sí mismos como tales, con todo lo que ello implicaba) destinaron grandes esfuerzos para normalizar el campo sociológico, para integrarlo con derecho propio en el mundo del saber académico de la época a través de la fundación de cátedras, departamentos y revistas sociológicas. Esto es, conformar un espacio autónomo, ya no meramente derivado de —o subordinado a— la historiografía, las “ciencias del derecho”, la economía nacional, la psicología de las masas, la pedagogía o la *Sozialpolitik*.

¹ Por el momento, se mencionarán sólo dos objetivos, los más obvios. Más tarde se hablará de un tercero, que quizás se encuentre un tanto más velado.



2) LOS SOCIÓLOGOS CLÁSICOS (EN BLOQUE Y UNO POR UNO)

Los sociólogos clásicos² compartieron un mismo espíritu y una misma época, y un mismo “espíritu de la época”, caracterizado, simultáneamente, por la ya mencionada búsqueda de legitimación para las ciencias sociales, pero también por un fuerte afán de reforma política y social. Sin embargo, no resulta del todo conveniente considerarlos en bloque, puesto que revelan algunas diferencias interesantes entre ellos, en especial en lo que hace a su tratamiento de la fórmula comunidad-sociedad a la que se hizo referencia en el comentario anterior.

Por ejemplo, algunos acuñaron esta polaridad y la incorporaron explícitamente en el corazón de su propio aparato categorial. En primer lugar, obviamente, debe mencionarse a Ferdinand Tönnies, quien ya en su pionero trabajo de 1887 (1979) sentó simultáneamente las bases de un par dicotómico de tipos ideales y de una forma de comprensión de un proceso histórico complejo. De un lado, pues, aparece la comunidad, el reino de la *Wesenswille*, o voluntad esencial, natural y orgánica, y del otro, la sociedad, basada en la *Kürwille*, la voluntad racional o reflexiva. La “sociología pura” de Tönnies identifica, por un lado, un grupo de individuos viviendo en común, unidos inextricablemente por orígenes, sentimientos, aspiraciones compartidas. Las palabras claves son aquí filiación, parentesco, comunión y organicidad. Por el otro lado, individuos viviendo unos con otros sin estar verdaderamente unidos (a pesar de la irrupción del mercado, que los une, pero separándolos), refiriéndose unos a otros como medios para la realización de sus fines particulares. Necesariamente, otras son ahora las palabras claves: impersonalidad, artificialidad, mecanismo, contrato.

Tönnies realiza en su trabajo interesantes oscilaciones entre la distinción analítica y la caracterización ontológica. A veces, parece que ambos polos de la polaridad se encuentran en fuerte tensión, y uno de ellos va claramente dominando y

² No se entrará aquí en la interesante discusión acerca de qué es lo que convierte en “clásicos” a los sociólogos clásicos. Esto ya lo explicaron muy bien, cada uno a su manera, autores como Alexander (1989) o Wallerstein (1999). Se sabe que el panteón de clásicos de la sociología no siempre estuvo integrado por los mismos dioses, pero ése es otro tema que tampoco puede abordarse aquí.



permeando todas las formas de agregación social. Pero también a veces pueden detectarse coexistencias más o menos aporéticas de formas comunitarias y asociativas. Un buen ejemplo de esto último es cuando el Estado (concepto paradigmático del polo *Gesellschaft*) apela a los sentimientos patrióticos al convocar a los ciudadanos a enrolarse para matar a los enemigos de la Nación (todo lo cual es —y quizás siga siendo— decididamente *gemeinschaftlich*).³

Pocos años después, abrevando fuertemente en Tönnies, es Max Weber quien retoma esta polaridad conceptual de *Gemeinschaft–Gesellschaft*, la cual aparece ya en el primer capítulo de su monumental *Economía y Sociedad* (1984). Siguiendo a su caracterización de la acción y la relación sociales, incluye Weber a la *Vergemeinschaftung* y la *Vergesellschaftung* como tipos distintos de relaciones sociales, enfatizando, en la primera, el sentimiento subjetivo de pertenencia común, y en la segunda, el ajuste de intereses motivados racionalmente, valorativamente y/o con arreglo a fines. Como Tönnies, considera históricamente el despliegue progresivo de un proceso de racionalización, y con él, del avance y creciente predominio de las relaciones de tipo *Gesellschaft*. Pero esto no implica de modo absoluto que la *Gemeinschaft* resulte totalmente aniquilada por la sociedad moderna.⁴

Además de Tönnies y Weber, que usaron la fórmula comunidad-sociedad de manera explícita, otros autores diseñaron unos “equivalentes funcionales” de la misma, y los insertaron eficazmente en la economía de sus discursos. Aquí, el ejemplo más claro es el de Émile Durkheim (1985), quien en particular formuló la oposición entre solidaridad mecánica y solidaridad orgánica, cuando en realidad estaba hablando de la misma mutación histórica fundamental desde la tradición hacia la modernidad o, dicho de otro modo, de los cambios en las formas de agregación so-

³ Mucho más podría decirse acerca del inventor de tan famosa tipología. Véase, a modo de ejemplo dentro de una muy vasta literatura, Farfán (1998) y Nisbet (1996), en especial 71 y ss.

⁴ Lo mismo que en el caso de Tönnies, mucho más podría profundizarse aquí acerca de Weber. Véase por ejemplo Hennis (1987); Schluchter (1979); Fistetti (2004: 138 y ss), quien además desarrolla un excelente y breve ensayo sobre la historia de la “comunidad política” en el pensamiento occidental. Villacañas (1996) y Coutu (1998) desarrollan trabajos comparativos entre Weber y Tönnies.



cial sobre la base de las semejanzas/desemejanzas de las unidades que componen un todo.⁵

Georg Simmel, por su parte, recurriendo a un juego de lenguaje bastante diferente al de los otros autores, no hacía sin embargo más que hablar de la misma transformación histórica, aunque recurriendo a otra ideas-fuerza, tales como la “despersonalización” y el “aislamiento de la personalidad” que se produce al disolverse los vínculos “naturales” de adscripción (es decir, de comunidad), en el marco de un proceso que al mismo tiempo amplía significativamente los márgenes de la libertad individual.⁶

3) EL TERCER OBJETIVO (IMPLÍCITO) DE LA INVENCION DE LA FÓRMULA “COMUNIDAD-SOCIEDAD”

Más arriba se comentaba que, a través de la invención de la fórmula de comunidad-sociedad, los sociólogos clásicos procuraron construir conceptualizaciones de formas particulares de lazo social y explicaciones de procesos históricos. Pero hay (hubo) en ello mucho más en juego.

Un tercer objetivo se vincula (para expresarlo de algún modo) a la necesidad de exorcizar el peligro de lo que suponían que sería la probable disolución de ese lazo social. Muy resumidamente: la rápida generalización de las “refrigeradas” relaciones que la *Gesellschaft* inexorablemente traía consigo (a través de la racionalización del dominio político, la burocratización de las instituciones, la formalización y despersonalización de las relaciones sociales, la autonomización de las esferas funcionales, etc.) podría terminar deglutiendo, subsumiendo, todos los contextos “calientes”, apacibles, de relaciones cara a cara, de fuerte emotividad, ámbitos seguros y familiares de la interacción y de las redes de protección cercana. Es decir, estos sociólogos temían que la sociedad (o las relaciones sociales de *Vergesellschaftung*) terminaran arrasando con la comunidad (o con las relaciones sociales de *Verge-*

⁵ Llama aquí la atención cómo lo “mecánico” de Tönnies se vuelve en Durkheim “orgánico”.

⁶ Estos temas ya aparecieron en (1890) y se profundizaron luego en (1908).



meinschaftung). Dicho de otro modo: si en la comunidad regía un orden y había sólidas y estables garantías de identidad para sus miembros, en la sociedad podrían diluirse ambas cosas. De tal forma, lo que se ganaba por un lado, podría perderse por el otro, como se verá en el siguiente comentario.

Ponerle un nombre, identificar los perfiles del peligro eventual, constituye mucho más que un mero objetivo antisedicioso. Es una muestra más entre las numerosas que ha suministrado el irrefrenable optimismo de la representación sociológica. Para ellos, nombrar un mundo podía quizás servir para domeñarlo, ordenarlo, encauzarlo. Pero, ¿cómo? ¿Hacia dónde?

4) LO QUE SE GANA POR UN LADO, PUEDE PERDERSE POR EL OTRO (ACERCA DE LA IRREVERSIBILIDAD DEL CAMBIO HISTÓRICO Y DE CÓMO LO PERCIBÍA UNA SOCIOLOGÍA "CENTRISTA")

Hay ribetes ciertamente trágicos en todos estos planteamientos sociológicos clásicos. Ellos pudieron constatar que todo lo que se gana por un lado (con el avance de la *Gesellschaft*), puede perderse por el otro (al caerse las certezas ordenadoras que suministraba la *Gemeinschaft*). ¿Qué se ganaba? Eficiencia organizacional, productividad, racionalidad formal en el ejercicio del dominio político y jurídico, espacio libre para el uso de la razón, etc. La vieja comunidad daba certezas, construía identidades fijas, y permitía (en un plano existencial, ya que no material) existencias más o menos aproblemáticas. Pero era tremendamente opresiva, sostenían estos modernos. Y una vez que se ha comido del árbol de las libertades, imposible, ilusorio y además francamente reaccionario resulta volver atrás. Por eso, el posicionamiento de los sociólogos clásicos dista mucho de pretender la rehabilitación de la vieja *Gemeinschaft*, porque entonces tampoco podría accederse a los beneficios de la *Gesellschaft*.



El registro teórico-político de estos sociólogos tenía, pues, profundamente asumida la irreversibilidad del cambio histórico.⁷ Jamás pretendieron meter un palo para frenar la rueda de la historia, implacable proceso que había conducido precisamente a aquello ante lo que se admiraban, y a la vez temían. En tal sentido, no se trató en ellos meramente de un discurso del orden burgués (o de un discurso burgués del orden).⁸ Como bien lo vio prematuramente Giddens (1977), el “tema” de la sociología clásica es tanto el orden como el cambio.

Pero, ¿qué cambio? Porque lo cierto es que estos sociólogos tampoco intentaron acelerar la historia, como Marx y sus seguidores políticos y sindicales, sino más bien procurar los medios que permitieran encauzarla ordenadamente. Sociología “centrista” al fin, se trataba de acompañar el movimiento general que venía impulsando las transformaciones de la *Gesellschaft* pero sin (sobre)saltos “irresponsables”, a los que no percibían como huidas al futuro venturoso de libertad indeterminada, sino más bien como caídas al pozo ciego de la nada, del no-orden, de la anarquía y de la disolución de alguna forma de sociabilidad posible y deseable. Ni una transformación revolucionaria hacia adelante, ni tampoco una evocación nostálgica hacia atrás, sino un avance cauteloso hacia una suerte de “reproducción ampliada” del capitalismo.⁹

Resumiendo: hubo en estos sociólogos una arraigada conciencia acerca de la irreversibilidad del cambio histórico, así como de la inevitabilidad (pero también de la superioridad ética y funcional) del capitalismo, la democracia, los derechos humanos, la industrialización, la burocratización y la urbanización, en suma, de las formas de relaciones sociales impregnadas de *Gesellschaft*. Pero, al mismo tiempo, una severa advertencia acerca de los peligros que esa *Gesellschaft* encerraba o

⁷ Excepto, quizás, en Tönnies (el más romántico de los autores mencionados hasta aquí) no hay en los demás nostalgia alguna por la rehabilitación de la comunidad (Ayora Díaz, 2004).

⁸ Pese a lo que digan autores como Zeitlin (1970), que prácticamente reducen la historia de la sociología a un esfuerzo por refutar la concepción materialista de la historia.

⁹ Este irónico comentario acerca de la “reproducción ampliada” lo pronunció alguna vez el profesor Emilio de Ipola, en una clase teórica sobre “La naturaleza del lazo social, de Durkheim a Touraine”, en la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA a finales de los años ‘80.



arrastraba consigo. Por una parte, entonces, intentos de describir la realidad “tal cual ella era” (para eso los tipos ideales, para eso los tipos históricos). Por otro lado, advertencias práctico-morales acerca de lo que podría hacerse para que esos (inevitables) decursos históricos no condujeran a catástrofes aún peores.

5) LA SOCIOLOGÍA Y LA “INVENCION DE LO SOCIAL”

La sociedad (y “lo social”, que no es exactamente lo mismo) fueron entonces una estratégica invención, entre otros, del discurso sociológico.¹⁰ Sobre la base de aquella regla del método sociológico que sostenía la imperiosa necesidad de partir de-lo-que-existe, de aprehender “los hechos sociales como cosas” (Durkheim), esta “ciencia de realidad” (Weber) se abalanzó sobre aquello que existía y le puso el nombre de “sociedad”.

El signo distintivo de esta original noción sociológica de “sociedad” era un registro básico de una totalidad, de un todo constituido por partes integradas, necesariamente interrelacionadas entre sí, un conjunto de relaciones de interdependencia.¹¹ La sociedad era concebida fundamentalmente como un conjunto de individuos real o potencialmente semejantes en lo que se refiere a sus competencias (en especial, de índole moral) para participar de la vida colectiva, una configuración estructurada alrededor de una matriz básica de solidaridad y que disponía de una noción demarcatoria fuerte (vinculante, legítima) de la normalidad y la normatividad (y consecuentemente, también, de una específica delimitación de las desviaciones y las patologías). En el contexto de la teoría sociológica clásica, el ejemplo más claro de esta posición lo representa el pensamiento de Durkheim, aunque aparece también, aunque con interesantes variaciones, entre otros autores clásicos.¹²

¹⁰ El concepto de “invención estratégica” se ha tomado prestado de algunos trabajos de Jacques Donzelot, en especial (1984), donde aparece definido muy claramente el significado histórico y político de “lo social”.

¹¹ Sobre esta noción de sociedad como “interdependencias” avanzó posteriormente Elias (1987).

¹² Así, debe admitirse que el concepto de “sociedad” de Weber o de Simmel es mucho más difuso, desgarrado y lleno de conflictos que el de Durkheim.



Al tiempo que se intentaba describir “lo-que-había”,¹³ se trataba también de detectar las fuerzas que podrían contribuir a su más eficaz (esto es: racional) administración. Había que lograr que esa sociedad no se desgarrara, que sus diversos jugadores no se cayeran ni quisieran intervenir fuera de un tablero básico que constaba, en lo esencial, de relaciones sociales de producción capitalistas *plus* una cierta medida de paz social y de integración. Esto sólo podría lograrse a través del acoplamiento eficiente y eficaz de lo diferente e incluso de lo antagónico, pero no ya a través del vano intento de conservación de lo sagrado, de lo similar, de lo familiar, sino por medio de otras (igualmente estratégicas) invenciones, entre las que se destacó, entre otras, la noción de “solidaridad social”.

6) LA SOCIOLOGÍA NO PUEDE PATENTAR LA SOCIEDAD COMO SU INVENTO EXCLUSIVO

En los comentarios que hasta aquí se vienen haciendo aparece la “sociedad” como una estratégica invención de sociólogos, científicos de la sociedad haciendo una suerte de kuhniana “ciencia normal”. Ahora, interesa subrayar que ellos no estuvieron en absoluto solos en esta empresa de inventar la sociedad. Criminólogos, médicos, policías, filántropos, industriales, pastores y sacerdotes, maestros y pedagogos y una plétora de otros agentes preocupados por lo que por entonces se dio en llamar genéricamente “la cuestión social”, también jugaron un papel fundamental en esta invención de la sociedad. Dicho de otro modo, la invención de un conjunto de instituciones sociales básicas que conformaron por largas décadas un eficaz correlato del Estado y el mercado: la institucionalidad democrático-liberal con partidos políticos y sindicatos de masas, el servicio militar obligatorio, la escolarización pública, el trabajo asalariado, las políticas sociales de Estado y los sistemas de seguro social, los aparatos punitivos y de normalización de la desviación, la familia nuclear, etc.

¹³ Más abajo (comentario 7) se discutirá si era precisamente “eso” lo-que-había, o, mejor dicho, cómo fue posible que los sociólogos vieran “eso” y no “otras cosas”, y qué relación tiene el haber visto “eso” con el objetivo de exorcizar la irrupción del desorden que podría venir eventualmente de la mano de los progresos de las relaciones de tipo *Gesellschaft*.



Así, estos y otros discursos teóricos, y numerosos dominios prácticos, se articularon estrechamente, en un ejercicio de permanentes y mutuas implicaciones, entrecruzamientos, hibridajes, colaboraciones y cortocircuitos. Así, entrecruzado con las primeras reflexiones propiamente académicas y con las pioneras consolidaciones institucionales de las ciencias sociales en Europa y América, se gestó un denso entramado de ambiciosos programas¹⁴ de alcance práctico, de diagnóstico, de reforma y de control sociales. El origen de estos programas estaba en una pluralidad de iniciativas particulares y fragmentarias que apuntaban a responder a urgencias pragmáticas del momento, a resolver necesidades de coyuntura. Recién muy posteriormente (décadas, incluso siglos después) fueron asumidos como verdaderos programas, como estratégica tarea por parte de los Estados.¹⁵

En todo este proceso, la sociología jugó un papel fundamental. Vistos desde esta perspectiva, los orígenes de las ciencias sociales deberían buscarse en ese prolífico campo híbrido de reflexiones e intervenciones en el cual se inventó “lo social”, y no sólo en el panteón donde se suele alojar a los “padres fundadores”.¹⁶ Así, en esta perspectiva, la sociología no fue (ni es) una mera elucubración de los pensadores que hoy integran las páginas de los manuales de la disciplina, o que integrarán las páginas de los manuales del futuro, sino que ha estado y sigue estando estrechamente vinculada a los procedimientos prácticos de poder y a los agentes que los promueven e implementan. Resulta casi indiscutible la imbricación intrínseca de las ciencias sociales con las prácticas de poder y de gobierno. Todas las ciencias sociales han nacido históricamente vinculadas a procedimientos de regulación bio-

¹⁴ Sobre la noción de “programa” pueden verse numerosos desarrollos en la literatura de los “estudios sobre la gubernamentalidad” (*governmentality studies*). Por ejemplo, Dean (1999).

¹⁵ Precisamente aquí se insertan y adquieren su sentido las nociones foucaultianas de biopoder (1987; 1996a; 2000) y gubernamentalización del Estado (1991b).

¹⁶ Véase Osborne / Rose (1997), que reivindican la importancia estratégica de los “saberes grises” en este proceso en el cual se produjo la invención de un “punto de vista social”. Un anticipo de ese trabajo se encuentra sin duda en Foucault (1984); véase también Foucault (1989), donde provocativamente sostiene que sería una empresa muy ignorante atribuir a Comte y Saint-Simon la paternidad de la sociología. Según Foucault, los verdaderos padres de la sociología habrían sido los médicos, junto con otros responsables del relevamiento de las primeras estadísticas que intentaron dar cuenta de la población, entendida ya como objeto de gobierno y como preocupación biopolítica.



política de poblaciones, y nada indica que hayan dejado alguna vez de realizar precisamente esto. Porque nada puede impedir que se realicen apropiaciones en clave tecnológica del saber sociológico, incluso en los casos en los que sus elaboraciones asumen el carácter más abstracto y formal y aparentemente más ajeno a cualquier praxis social normativa.

7) ¿POR QUÉ NO VER LO QUE SE VE?

Quizás resulte pertinente preguntarnos por qué las proposiciones de la sociología clásica acerca de la sociedad (ese todo de interdependencias estabilizadas y normalizadas) pudieron formularse precisamente en un momento histórico en el que las sociedades europeas mostraban imágenes que bastante poco (o nada) tenían que ver con la solidaria integración de los desemejantes. Porque lo que predominaba era más bien una configuración desgarrada por la “guerra de clases” y asediada por diversas “patologías sociales” (crímenes, suicidios, anomia, despersonalización, anonimidad, explotación, egoísmo, masificación, y muchos otros horribles etcéteras). Además, todavía humeaba la Comuna y persistía en las “clases poseedoras” el gran miedo que ella había desatado. Las izquierdas del arco político aún no tenían del todo claro si entraban a jugar a la reforma “desde adentro” o si seguían afirmando sus revolucionarias apetencias “desde afuera”. Además, las intervenciones pacificadoras del Estado habían ya comenzado a realizarse desde hace algún tiempo (de la mano de algunos de los dispositivos de gestión de la “cuestión social” que se mencionaron en el comentario anterior), pero todavía seguían reservando para sí mucho más la bastante grosera táctica del garrote que la sutil estrategia de la zanahoria.

Todos y cada uno de los rasgos que estos sociólogos identificaron como constitutivos de la contemporaneidad, y que localizaron en el polo *Gesellschaft* de la fórmula que inventaron, encerraban también en sí mismos sus propios peligros: la racionalización del dominio político había logrado acabar con las eternas jerarquías de base estamental, pero podría conducir a nuevas formas de despotismo y demagogia; la burocratización del Estado, de los partidos políticos y de las empresas



capitalistas, pese a haber probado ser el mejor instrumento para la administración de las cosas y el ordenamiento de los cuerpos, podría llevar a conformar nuevas formas de servidumbre y a reforzar los barrotes de la “jaula de hierro”; la creciente formalización y despersonalización de las relaciones sociales y el progreso del individualismo había arrasado el opresivo mundo de los status adscriptos, pero podría dar lugar a intensificadas formas de egoísmo, soledad y anonimidad; la urbanización, destrozando las apacibles formas de vida de la comunidad aldeana, era la condición para el progreso de la industria (es decir, para el “progreso”, en general), pero a la vez podría convertirse en el fermento de la sedición política, el crimen, la epidemia, la masificación, el suicidio; la división del trabajo social en condiciones orgánicas había demostrado su mayor eficacia y eficiencia, pero también podría asumir formas patológicas; las relaciones sociales de producción propias del capitalismo industrial habían dado por tierra con un mundo atrasado, pero podrían llevar a intolerables condiciones de explotación y de alienación; el laicismo y el racionalismo habían acabado con las supersticiones religiosas, pero podrían volver intolerable la existencia de los individuos en un mundo desencantado y vaciado de sentidos trascendentes, etc. En suma, las antinomias de la sociedad moderna abrían paso entonces a todo esto a la vez: sin duda, a la realización de formas “más avanzadas” de convivencia colectiva y de realización individual y personal, pero también a la recaída en la disolución, el caos y la desintegración socio-moral.¹⁷

Las aseveraciones teóricas (acerca de la naturaleza del lazo social) y las observaciones de campos empíricos determinados (la ciudad, la industria, la política, etc.) no tienen necesariamente y siempre que darse la mano. Pese a todo, los sociólogos clásicos siguieron adelante en su empresa, administrando como pudieron estas ambivalencias que atravesaban el conjunto de sus producciones teórico-políticas. Nunca negaron estos conflictos fundantes de las formas modernas de la

¹⁷ La mezcla de afirmaciones de impronta marxiana, weberiana, simmeliana y durkheimiana se realiza a los fines de localizar un conjunto de problemáticas compartidas, más allá de las diferencias de énfasis e intereses teórico-políticos. Como se ve, en todas estas problemáticas coincide la descripción de un rasgo constitutivo de la realidad y el peligro que él alberga o podría albergar.



vida colectiva. Pero hicieron lo posible por exorcizarlos, inscribiéndolos en algún lugar de la agenda (social, política, de investigación) a partir del cual su gestión resultara más plausible. Es decir, actuaron “no tanto para dar a lo social consistencia teórica, sino más bien para deplorar su evanescencia empírica” (de Ipola, 1992: 100). Aquí precisamente empieza a vislumbrarse la enorme politicidad que pudo tener esta compleja construcción conceptual de comunidad-sociedad.

En muchos casos, las preguntas por el lazo social y por el orden social se fundieron en una sola, y eso tuvo muy importantes consecuencias teóricas y epistemológicas. Así, por un lado, estos sociólogos pudieron muy bien describir las nuevas formas (sociales) del lazo social, así como también hicieron saltar en pedazos las metáforas del pacto y las motivaciones exclusivamente utilitaristas de los actores como explicaciones válidas del fundamento de la vida colectiva. Pero, por otro lado, derrapaban al pretender dar cuenta de un orden al que presentaban como necesariamente vinculante, integrado, pero al que a la vez no veían más que desvanecerse ante sus ojos.

8) SOCIOLOGÍA COMO “CLÍNICA SOCIAL” Y COMO EFECTO E INSUMO DE LA RACIONALIDAD POLÍTICA LIBERAL

Bastantes evidencias pudieron recoger estos sociólogos clásicos alrededor de la idea de que la sociedad no se sostiene integrada, delimitada, más o menos solidaria, de una manera automática o inercial. De tal forma, algo “había que hacer” con ella para que mantenga sus formas, o bien para que las cambie de maneras ordenadas y previsibles. Además de la caracterización de todos los rasgos que ellos hicieron caer del lado del polo *Gesellschaft* de la antinomia, la sociedad fue imaginada también como un maleable campo de intervenciones.

En ello, los sociólogos clásicos jugaron decididamente a varios frentes. Así, aspiraban a recuperar para el Estado (moderno, democráticamente legitimado) ciertas atribuciones que todavía le eran resistidas por parte de actores “atrasados”, que no habían entendido cuáles eran las nuevas reglas de juego. Los escritos (propia-mente) políticos de Weber (1982) incluyen diversidad de temas: junto a sus análisis



acerca del socialismo, la democracia burguesa en Rusia y su famosa lección inaugural de Friburgo, en sus textos específicos sobre la realidad alemana de su época realiza numerosas sugerencias acerca de “lo que habría que hacer” para garantizar la continuidad de la democracia, frenar el avance autónomo de la burocracia, hacer del Parlamento un sitio apropiado para la selección de líderes, y procurar la legitimidad del liderazgo político a través de formas plebiscitarias. La misma vocación de “intervención” y “consejo” se vislumbra en ciertos textos de Durkheim. Por ejemplo, en aquel famoso segundo prefacio de la *División del Trabajo Social* (1985) donde procuraba revitalizar el rol político de las corporaciones profesionales, o sus estudios sobre la historia de la enseñanza en Francia (1982) y otros textos sobre educación moral (1973) y pedagogía, o su posicionamiento en los debates acerca del “affaire Dreyfus”.¹⁸

Pero así como procuraron intervenir (desde el “consejo” y la “advertencia”) en las constelaciones políticas de la época, por otro lado, al mismo tiempo, y como buenos miembros de aquella generación, experimentaban la típica preocupación liberal acerca de si no estarán con todo ello cayendo en la poderosa y casi irresistible tentación de “gobernar demasiado”.¹⁹ Por demás, y siempre dentro del esquema de pensamiento de estas racionalidades liberales, también creían que los Estados y los gobiernos debían saber desplazarse a un costado, para dejar así que la sociedad misma exprese sus propias energías colectivas, ese inmenso potencial subterráneo de sociabilidad (como diría Durkheim), el mejor antídoto para la recurrente amenaza de la guerra de todos contra todos.

¹⁸ Es notable como Simmel, por su parte, resulta ser el menos “tecnológico” de los sociólogos de esta generación.

¹⁹ Así lo explica Rose: “el liberalismo inaugura una continua desafección respecto al gobierno, un perpetuo cuestionamiento acerca de si los efectos deseados se están produciendo, un cuestionamiento sobre los errores de las teorías y los programas que obstaculizan la eficacia del gobierno, un agnóstico recurrente del fracaso unido a una exigencia, también recurrente, de gobernar mejor” (1997: 29).



9) UNA PAUSA PARA TOMAR ALGO DE AIRE (Y FORMULAR LA HIPÓTESIS ACERCA DE LA EXAGERACIÓN DE LOS SOCIÓLOGOS CLÁSICOS)

Resumiendo hasta aquí: los sociólogos clásicos inventaron la polaridad conceptual de “comunidad” y “sociedad”, y con ello persiguieron simultáneamente tres propósitos: 1) describir ciertos tipos de relaciones sociales y consolidar el lugar de la sociología como la ciencia que en mejores condiciones está de hacerlo, 2) explicar los complejos procesos históricos que, arrasando con las formas tradicionales de la vida colectiva habían dado paso a sus formas modernas; y, 3) exorcizar sus temores acerca de que la sociedad terminara devorándose a la comunidad, marcando los puntos de fuga de la situación y sugiriendo vías para un encauzamiento ordenado. En todos estos objetivos, aunque no siempre lo lograron, procuraron no resbalar de la delgada cornisa existente entre una pretensión de objetividad cognoscitiva (propia de la esfera de la ciencia) y el carácter normativo-prescriptivo (inherente a la esfera de lo político).

Dicho esto, se puede ya avanzar en la (prometida desde el título de este comentario) “hipótesis de la exageración”: los temores de los sociólogos clásicos de que la “sociedad” acabara devorándose a la “comunidad” resultaron ser parcialmente exagerados. En la actualidad, aquella polaridad conceptual (y sus correspondientes referentes empíricos) se revuelve y se revuelca, y de esa batalla ya no puede salir igual a como estaba antes. La “sociedad” y “lo social” que ellos inventaron están experimentando actualmente una enorme corrosión de sus fundamentos. Algunas sociologías empiezan a tomar nota de ello, y anuncian la disolución de la sociedad, o su reconfiguración total, o su vaciamiento, o licuefacción.²⁰ Concomitantemente, la “comunidad” está experimentando actualmente un impresionante *revival*. Esto de ninguna manera significa que asistamos ahora al resurgimiento de comunidades si-

²⁰ Los términos utilizados difieren, y quizás también los intereses teóricos y epistemológicos, pero parece haber unos cuantos puntos de contacto entre el “desfondamiento” de Lewkowicz (2004), lo “social DES-” de Gatti (2004), la “modernidad líquida” de Bauman (2002), la “fluidez social” de García Selgas (2003), la “postsocialidad” de de Marinis (2000).



milares a las del pasado premoderno. Las comunidades actuales son decididamente “post-sociales”, y en ello se revelan unas cuantas facetas novedosas.²¹

En esta “hipótesis de la exageración” aparecen conectados dos momentos históricos distintos, regidos por racionalidades políticas diferentes. La exageración habría ocurrido en el primero de ellos, durante la vigencia del liberalismo, justamente en aquél contexto donde se inventó la polaridad “conceptual comunidad-sociedad”. La constatación de la exageración tendría lugar contemporáneamente, bajo la racionalidad política del neoliberalismo, donde las cartas se vuelven a mezclar nuevamente, donde uno de los polos parece desvanecerse —la sociedad— y el otro parece reactivarse —la comunidad—.

10) LO QUE EN ESTE TEXTO SE PASARÁ RÁPIDAMENTE POR ALTO (EL KEYNESIANISMO COMO RACIONALIDAD POLÍTICA)

El ejercicio de conectar racionalidades políticas no siempre debe implicar la escritura de ostensivas historiografías, sino que se trata más bien de trazar intencionadas y “culpables” genealogías. De tal forma, en este devenir de la invención sociológica de la polaridad conceptual comunidad-sociedad en el vaivén de las racionalidades políticas va a “saltearse” un momento histórico “intermedio”, esto es, el regido por las racionalidades keynesianas, o propias del Estado de Bienestar.

Para no pecar de excesivos esquematismos, se dirá al menos que en este periodo la vieja polaridad de *Gemeinschaft* y *Gesellschaft* no desapareció del todo, sino que se guardó en la (como se verá luego, provisoria) congeladora de la “ciudadanía social”, que instaló en un plano diferente la vieja pregunta sociológica acerca de la integración de la diversidad. Así, “sociedad” supo trepar en aquellos tiempos keynesianos al máximo escalón que jamás alcanzó y que jamás volvería a alcanzar, como luego hemos podido experimentar en carne propia. Por su parte, “comunidad”

²¹ En qué consiste este *revival*, tanto como las diferencias entre comunidades de viejo y de nuevo cuño, constituyen temas que tienen peso propio, y merecerán algunos comentarios específicos, más abajo (comentarios 12 y 15).



parece a veces disolverse en “subcultura” y en otras nociones vecinas, exploradas por diversas etnografías y microsociologías. Pero, en cualquier caso, parecería que puede hablarse (al menos para esta época de racionalidades keynesianas) de una “coexistencia pacífica” de ambas instancias: la sociedad fue concebida entonces como un conjunto de solidaridades primordiales garantizadas por el Estado; dentro de ella, las comunidades de lazo social “caliente” podían seguir su camino.²²

Luego de este “salto” por encima del periodo regido por racionalidades keynesianas, se pasará en este texto a considerar las referencias más contemporáneas, las que tienen que ver con, por lo menos, las últimas dos décadas. Ellas marcan los lineamientos a través de los cuales operó la desconversión, el descongelamiento o el desvanecimiento del otrora poderoso edificio de “la sociedad”. Primero, en el marco del siguiente comentario, se hablará de la definición de un nuevo campo de tareas e incumbencias para el Estado, aquella pareja insustituible de la sociedad durante un largo siglo. Luego, en el subsiguiente comentario, y asociado a lo anterior, se considerará la reactivación contemporánea de la “comunidad”. En tercer lugar, se hablará de las “tecnologías del yo” que se ponen en juego para lograr que el formato de la subjetividad no desentone demasiado con los nuevos requerimientos que plantea un Estado “adelgazado” y una comunidad “reactivada”.

11) LA DESCONVERSIÓN DE LO SOCIAL, TOMA 1 (UN ESTADO “ADELGAZADO”)

Se hablará aquí de clivajes estructurales en la forma que asume la agregación o articulación de actores sociales y políticos, en especial, de la redefinición y delegación de funciones, tareas, incumbencias y atribuciones entre el Estado Nacional y otros actores sociales y políticos. La “economización” que el Estado realiza de sus propios medios de gobierno es el punto nodal de esta nueva forma de articulación. De allí se abren diversas situaciones para el campo de la actividad estatal:

²² Puede que esta referencia a lo que este ensayo “se saltea” sea excesivamente superficial. De todos modos, volverán a aparecer referencias a las racionalidades keynesianas, aunque formuladas comparativamente “desde” el neoliberalismo.



nuevos significados para antiguas tareas que en lo esencial conserva; antiguas tareas que abandona o bien que pasa a compartir con otros actores; finalmente, tareas enteramente nuevas que asume.²³

Ciertas formas “críticas” del análisis político y social suelen prestarle mayor atención a las llamadas “reformas del Estado”, a la reconversión de los servicios de salud, jubilaciones y sistemas de seguridad social bajo criterios de “mercado” y “rentabilidad”, a la creciente flexibilidad del mercado de trabajo, etc. Así, a menudo denuncian nostálgicamente la declinación del Estado de Bienestar (o de alguna forma que tendencialmente se le pareció, como fue el caso en algunos países latinoamericanos), acentuando precisamente el “abandono” de responsabilidades sociales por parte del Estado frente a los sectores más “desaventajados” de la población.

Sin embargo, un análisis más cuidadoso revela que en lugar de una simple “liquidación” o “retiro” o “extinción” del Estado (Bauman, 1999) lo que se verifica es más bien una complejización del entramado de relaciones entre lo público y lo privado, dando lugar a una inédita configuración de actores sociales y políticos.²⁴ Debido a esta complejización, se recodifica el rol del Estado y se replantean los roles de sus instituciones anexas. Pero también se erigen nuevos espacios sociales de intervención y surgen nuevos actores que desafían la clásica lógica dual de “Estado” y “Sociedad Civil”.²⁵ Se trata, dicho de otro modo, del desfondamiento de un esquema analítico establecido hace más de dos siglos por la filosofía política en el marco de la crítica liberal a la razón de Estado absolutista.²⁶

²³ Aún en un marco general de “economización de medios de gobierno”, estas situaciones reflejan la diversidad de opciones que se dan, según se trate de políticas educativas, penales, internacionales, culturales, de seguridad interior, fiscales, etc.

²⁴ Ver Foucault (1991b, 25 y s) cuando se refiere a la “gubernamentalización” del Estado y sostiene que “son las tácticas de gobierno las que permiten definir paso a paso qué es lo que compete al Estado y qué es lo que no le compete, qué es lo público y qué es lo privado, qué es lo estatal y qué lo no estatal, etc.”. Ver también Gordon (1991: 36) acerca de la disolución de la relación entre Estado y sociedad civil que lleva implícita la noción de “modos de pluralización” del gobierno. Ver también Miller y Rose (1990: 8), y sus renuencias a seguir sosteniendo fuertes oposiciones conceptuales entre Estado vs. sociedad civil, público vs. privado, comunidad vs. mercado, etc.

²⁵ Justamente en este punto se inserta la ya mencionada “reinención de la comunidad”, que será tratada con mayor detalle en el siguiente comentario.

²⁶ Foucault (1991c: 217 y ss). Véase también Foucault (1996b: 41 y s).



Así, organismos estatales, subestatales y supraestatales, ONG, organismos internacionales financieros o humanitarios, agencias de consultoría, *think tanks*, conglomerados de medios de comunicación, *lobbies*, partidos políticos, organizaciones sociales y comunitarias de diverso tipo (empresariales, sindicales, profesionales, vecinales, de base étnica o de género, etc.) pasan a constituir una densa red en cuyo marco se planifican, diseñan, ejecutan y evalúan políticas, planes y programas de gobierno. Como medio (o como efecto) de esta nueva situación, se verifica una creciente “economía” de los medios de gobierno que utiliza el Estado. Esquemáticamente: el Estado “economiza”, “racionaliza”, “optimiza” cada vez más sus energías, aprovechándose, sirviéndose de y apelando a la energía de los gobernados mismos, para gobernarlos mejor.

La “economización” no implica simplemente la lisa y llana expansión de la economía sobre la política, sobre el Estado o sobre la sociedad. Tampoco es una suerte de ocupación de la sociedad por parte del mercado, en una suerte de “juego de suma cero” según el cual a cada “avance” del mercado le seguiría necesariamente un “retroceso” del Estado. Si esto fuera así, habría todavía un cierto margen de actuación para una intervención voluntarista desde la política para recuperar el terreno perdido, para poner a raya al “capitalismo desbocado” del cual hablan algunos analistas. Esta ilusión, en la que suelen caer algunos de los más importantes científicos sociales contemporáneos y una buena parte de las elites dirigenciales “progresistas”, se funda en realidad en representaciones e imágenes de corte liberal o marxista (por cierto, bastante envejecidas), según las cuales todavía podría sostenerse una tajante distinción analítica entre Estado y mercado.

De este modo, “economización” no significa simplemente “retirada”, “retroceso” o “desaparición” del Estado. Tal como lo formulan comprimidamente Lemke, Krasmann y Bröckling: “Lo que se puede observar no es una disminución de la soberanía estatal o de sus capacidades de planificación, sino un desplazamiento desde formas formales hacia formas informales de gobierno. Esto comprende la relocalización de modelos de acción definidos estatalmente hacia niveles supraestatales, así como el establecimiento de nuevas formas de ‘subpolítica’, que al mismo tiempo operan ‘por debajo’ de aquello que tradicionalmente constituyó lo



político” (2000: 26). De esta manera, globalización “hacia arriba y hacia fuera”, por un lado, y pluralización de los modos de gobierno “hacia abajo y hacia adentro”, por el otro, constituyen dos caras de la misma moneda. En este contexto, y para repetirlo una vez más, “economización” no implica simplemente “menos Estado”, sino “otro Estado”. A pesar de toda su inflamada retórica en favor de un “estado mínimo”, los dirigentes políticos, los científicos sociales y los economistas de orientación neoliberal saben muy bien lo que esto significa, y por tanto jamás desaprovechan las chances de ocupar puestos en el seno de los propios organismos estatales.

Aunque podría sostenerse que el Estado transfirió y delegó algunas de sus tradicionales funciones y responsabilidades, eso no significa de ninguna manera afirmar que haya disminuido su centralidad como centro de decisiones, como usina central de gubernamentalidad. Como bien sostiene Garland (1997: 175), el Estado sigue siendo un *nodal point* de las prácticas de gobierno. Aunque, también debe admitirse, ha dejado de ser la única fuente de actividad gubernamental.²⁷ Asistimos entonces a una autonomización del Estado de otras numerosas entidades de gobierno, con las que sin embargo permanece vinculado a través de una compleja cadena de relaciones, responsabilizaciones, *empowerment* (y, alternativamente, *disempowerment*) de diferentes sectores y agencias distantes del centro estatal, mecanismos indirectos por los cuales se produce un nuevo tipo de alineamiento de la conducta personal, social y económica con objetivos socio-políticos de más amplio espectro.

Para concluir este comentario, en muy pocas palabras: el Estado de Bienestar era un permanente, perseverante, incansable productor de energías sociales. Además de producirlos, condensaba los flujos de energía de las fuerzas sociales y los codificaba en una misma matriz de solidaridad colectiva. En el neoliberalismo,

²⁷ Garland (1997) advierte acerca de los riesgos de exagerar el énfasis sobre la pluralización de modos de gobierno, porque con ello podría borrarse toda distinción entre Estado y no-estado, distinción que para él todavía debe ser mantenida, puesto que “Estado” sigue significando acceso a ciertos recursos (no sólo de violencia, sino también de saber, de información) que el “no-Estado” no tiene ni podría jamás tener.



por el contrario, se procura la economización más efectiva posible de los medios de gobierno, y se trata entonces de gobernar contando con la mayor cantidad posible de la energía que para su propio gobierno aporten los gobernados mismos. En suma, un Estado “adelgazado” (Fach, 2000), el que imbricado con comunidades activas e individuos *fit* (Bauman, 1995) conforma el nuevo ensamble de la gubernamentalidad neoliberal en la era de lo social desconvertido.

12) LA DESCONVERSIÓN DE LO SOCIAL, TOMA 2 (UNA COMUNIDAD REINVENTADA)

La desconversión de lo social opera no sólo a través de la recodificación del campo de incumbencias del Estado, como se vio en el comentario anterior, sino también a través de la reactivación (quizás se trate de una estratégica reinención) del viejo concepto sociológico de *Gemeinschaft*, de comunidad. Esta reinención de la comunidad procede de un doble juego.

Por un lado, “desde arriba”, las iniciativas de este Estado “adelgazado” apelan a las comunidades como objeto de gobierno, estimulan el prudencialismo (O’Malley, 1996), convocan al activismo y la participación, llaman a la asunción de crecientes responsabilidades, pero lo hacen abandonando un lenguaje “social”, y se dirigen directamente a las comunidades como modalidades predominantes de agregación de sujetos.²⁸ Mientras se desembarazan vertiginosamente de un “punto de vista social”, las nuevas tecnologías de gobierno neoliberales tienden a gobernar a través de la comunidad, “a través de la instrumentalización de lealtades personales y de activas responsabilidades” (Rose, 1996: 332).²⁹ Incluso en las actividades más supuestamente “sociales” que todavía siguen realizándose, como los llamados “programas de combate a la pobreza”, mientras que se llama a romper con una “apatía”

²⁸ No se discutirá aquí acerca de los límites reales que estas formas de participación tienen. Véase de Marínis (en prensa), donde se reflexiona acerca de las aporías del “participacionismo” en el gobierno de la inseguridad.

²⁹ Para ver la reseña más acabada acerca de las recientes implicaciones de la comunidad como nuevo territorio de gobierno, y de los efectos que esto tiene en la disolución del “punto de vista social” de la ciudadanía social y de una matriz unificadora de solidaridad y lealtad, véase Rose (1996). Véase también Rose (1999, en especial capítulo 5) y Dean (1999).



que supuestamente había generado la “providencialidad” supuestamente dadivosa del keynesianismo, también se apela a las capacidades autorreguladoras de los individuos y las comunidades: la “participación” de los mismos gobernados³⁰ se inscribe con mayúsculas en estos programas.

Pero hay además otra dimensión en esta operatoria de reactivación de la comunidad, y es justamente la que procede “desde abajo”. Son individuos, son agrupamientos, son familias, son “tribus” (Maffesoli, 1990), que construyen sus identidades y organizan sus opciones vitales manifestando un renovado énfasis sobre los contextos micro-morales de la experiencia, en desmedro de los ahora cada vez más percibidos como distantes, abstractos y vacíos conceptos de ciudadanía social, o de pertenencia nacional, o de clase. El juego, entonces, es doble: el Estado apela a las comunidades, se dirige a ellas y de algún modo promueve su constitución y su participación en tareas de gobierno, y, por el otro lado, las comunidades se (auto)activan, para conformar sus perfiles identitarios, recrearlos a través de diversidad de prácticas y articular sus demandas a autoridades de diverso tipo.³¹

No cuesta demasiado esfuerzo constatar la enorme diversidad empírica de comunidades existentes: “vecinos” (no ciudadanos) que reclaman el reforzamiento del patrullaje policial en su calle; colectivos que comparten determinados consumos culturales, orientaciones sexuales, condición de género, cosmovisiones religiosas, o formas particulares de etnicidad; “beneficiarios” (no “sujetos de derecho”) de planes sociales que exigen una mejora de las prestaciones que reciben. En algunos casos, se “cae” o se es arrojado simplemente en determinada comunidad, sin demasiadas opciones de elección. En otros casos, la adhesión a la comunidad implica operaciones complejas de identificación de los que “son como uno”, y de tal, cuando el contexto más amplio se enfría, la comunidad se convierte en la forma más adecuada de estar *chez soi*, un lugar donde “nunca somos extraños los unos para los otros” (Bauman, 2003: 8). Sobre todo en estos últimos casos más o menos electivos, pero

³⁰ Se trata, por supuesto, de una noción restringida de participación, que a menudo apunta a que los propios gobernados gestionen “activa” y “responsablemente” su propia miseria.

³¹ Como luego se verá (comentario 16), la sociología participa en las dos facetas de este doble juego.



también en los otros casos más o menos compulsivos, en el seno de estas comunidades se manifiesta una suerte de “recalentamiento” de los vínculos, pero uno fundado en el repliegue de la propia territorialidad comunitaria, sin referencias a totalidades más amplias en las que poder (o querer) incluirse.

De manera que la temerosa suposición de la sociología clásica de que la *Gesellschaft* terminaría dominando, deglutiendo, arrasando, todos los contextos “calientes” de interacción cercana, cara a cara, y comprometida afectivamente, no se ha verificado en la realidad. La comunidad goza por cierto de muy buena salud. Es que en ella hay individuos activos, dinámicos, participativos y prudentes que velan por ella.

13) LA DESCONVERSIÓN DE LO SOCIAL, TOMA 3 (UNAS TECNOLOGÍAS DEL YO ACTIVO)

La desconversión de lo social (efecto tanto del reacomodamiento de las funciones estatales como de la reactivación de la comunidad) no puede menos que traer consigo serias modificaciones sobre el estatuto del sujeto. Justamente en este nivel es donde se ponen en contacto las tecnologías de gobierno sobre los otros con las “tecnologías del yo” (Foucault, 1990).

El individuo de “lo social desconvertido” está localizado en un sinnúmero de nuevas encrucijadas, o de viejas encrucijadas que fueron significativamente alteradas. Así, puede actuar como “beneficiario” de programas estatales focalizados; como “vecino” o “miembro” de comunidades o “escenas” particulares que se movilizan para la promoción y defensa de su propia territorialidad simbólica y material; como elemento involucrado en un denso entramado de poderes fácticos y saberes expertos; como “cliente” de las cada vez más diversificadas ofertas del mercado, etc.

Esto supone un cierto “reformateo” de las cualidades, de los atributos, de las ambiciones y de los límites de la acción de estos individuos, al menos respecto de las formas a las que se habían acostumbrado a vivir durante las décadas en las que las racionalidades políticas keynesianas fueron dominantes. Es decir, lo que hace falta es generar los mecanismos que permitan la emergencia de un determina-



do tipo subjetivo que esté en condiciones de asumir las tareas de su autorregulación,³² que sea “activo”, “responsable”, “participativo”, “dinámico”, “*fit*”, etc.³³ Esta nueva subjetividad representa (al menos, ése es el afán de los agentes que la impulsan) el espejo invertido de aquel viejo “ciudadano social” de la era keynesiana, que no sólo era “pasivo” (dado que gran parte de las energías e iniciativas provenían del Estado y de las organizaciones a las que pertenecía, pero no de él), sino también “irresponsable” y “apático”.³⁴ En suma, de lo que se trata es de promover la activa *entrepreneurship* de la propia moralidad.³⁵

Pese a las resonancias positivas que casi automáticamente generan, el “activismo”, la proclividad al “participacionismo”, el “dinamismo” son atributos atravesados por profundas ambivalencias. En algunos casos, aparecen promovidos invocando las capacidades y las potencialidades de las “organizaciones de la sociedad civil” para buscar sus propias soluciones y defender sus propios intereses más allá del “autoritarismo del Estado” y de los “poderosos intereses del mercado”. Algunos movimientos sociales y ciertas ONG son los representantes de esta concepción, interesada sobre todo en la promoción del *empowerment* para las comunidades, y en tal sentido asumiendo rasgos ciertamente emancipatorios. Pero no siempre es éste el caso.³⁶ La apelación a la participación puede también ser realizada por defensores del subsidiarismo del Estado, en nombre de la reducción de gastos y en defensa de la “eficacia” comparativamente mayor de la que gozarían las fuerzas del mercado en la prestación de servicios y en la satisfacción de necesidades. Así, los defensores del “Estado mínimo” no tienen ningún prurito en convertirse también en entusiastas

³² Todo esto no implica, por cierto, que estas formas de autorregulación sean autónomas, ni que las formas de heteroregulación hayan desaparecido.

³³ Sobre el concepto de la “sociedad activa” véanse Dean (1995) y Walters (1997). Un desarrollo original sobre el “sujeto del *fitness*” se encuentra en Bauman (1995).

³⁴ Siguiendo a Foucault, no interesa aquí la estricta veracidad de estos enunciados, sino el modo en que han circulado y los “efectos de verdad” que han producido en un campo simbólico determinado.

³⁵ Véase Burchell (1993).

³⁶ Acerca de las aporías del *empowerment* véase Cruikshank (1994; 1996). Sobre las ambivalencias de la “participación” en programas sociales en Argentina véase Cardarelli/Rosenfeld (1998).



partidarios del “participacionismo” y el “activismo”, y les otorgan, como es obvio, significados diferentes a los mencionados anteriormente.

Resumiendo, en la “participación” y el “activismo” pueden de hecho confluír muy distintas pretensiones. Por un lado, la necesidad de frugalidad y ahorro de un Estado entregado desafortadamente a la “desinversión” (Foucault, 1991a); por otro lado, las intenciones emancipatorias de ciertos colectivos que se ven llevados a repensar sus lógicas de acción colectiva en una clave mucho menos “estadocéntrica” que la que tuvieron sus antepasados de la izquierda política y sindical; y, por último, y asociado a las anteriores, ciertas “tecnologías de yo”.

14) BREVES ILUSTRACIONES ACERCA DE LA DESCONVERSIÓN DE LO SOCIAL, DETECTANDO ALGUNA(S) DE SUS APORÍAS

Las *public-private partnerships* son uno de los terrenos privilegiados de esta nueva configuración. Se trata de espacios complejos de acción e intervención donde las comunidades son convocadas (o ellas mismas se convocan) a tareas de gobierno.³⁷ Cada vez que se vuelve acuciante la necesidad de “hacer algo” frente a lo que se percibe como un “problema”,³⁸ las comunidades se ponen en acción: se organizan, presionan al Estado o recurren al mercado, y a veces hacen todo esto a la vez. Como es obvio, no todas las comunidades están las mismas condiciones de hacer esto, puesto que, en ello, son cruciales las diferencias de acceso a redes de capital social, recursos económicos, bienes simbólicos, capacidad de *lobby*, etc.

Aquí es donde se despliega la intervención del *homo prudens* (O’Malley, 1996) que las nuevas racionalidades políticas promueven. Un individuo activo que, ante la multiplicación de riesgos, siente que debe tomar sus precauciones y elegir racionalmente entre las opciones abiertas y disponibles, o bien generar opciones

³⁷ En el campo de la así llamada “prevención comunitaria del delito” hay abundantes ejemplos de estas *partnerships*: *community policing*, foros y asambleas barriales, etc. A modo de ejemplo de una abundantísima literatura sobre el tema: O’Malley/Palmer (1996); Stenson (1993); Crawford (1997; 1998); Sozzo (1999).

³⁸ Sobre la construcción de un “problema” y su insidiosa politización, véase Stanley (1995: 96). También Bauman (1996: 63). A su manera, también Luhmann (1996: 227).



nuevas. Lo que le debe quedar claro a este *homo prudens* es que nadie va ya a hacer todo esto por él. La instrumentalización por parte de las autoridades de los deseos, las necesidades y los temores de las poblaciones corre paralela al esfuerzo previsor y anticipador de riesgos del sujeto prudente, en un contexto donde el riesgo deviene crecientemente asocial, y como tal sólo resulta procesable y confrontable en el marco de las lealtades más cercanas e inmediatas (esto es, pues, la comunidad) y/o recurriendo a las ofertas del mercado.

La contratación de un servicio de salud, de un seguro de retiro o de vida, el acceso a una vivienda en una zona “segura”, la búsqueda de un cierto tipo de empleo, la modificación de los hábitos dietarios, la práctica y cultivo de un determinado estilo de vida, la realización de determinados consumos culturales, la elección de un determinado recorrido educacional para los hijos, etc.: éstas son las numerosas chances que tiene el sujeto prudente de ponerse en movimiento, activamente.

Pero en ello, el *homo prudens* no estará totalmente solo, o en el limitado marco de sus afectos familiares más cercanos. También se ampliará a la comunidad la adopción de ciertos y determinados cursos de acción. Las diversas agencias del Estado y del mercado saben muy bien todo esto, y por eso, particularizando sus ofertas (de mercancías, de políticas) lo más posible, se dirigen a nosotros, pero también —y sobre todo— a los demás otros que son como nosotros, y que están afiliados a las mismas comunidades que nosotros. Nuestra identidad también estará en juego en todo ello.

No hay duda de que estas nuevas modalidades de gobierno de la vida social y de la conducta individual abren nuevas posibilidades “reflexivas” y “creativas” para la intervención del sujeto en la gestión de sus propias opciones vitales. Los sociólogos de la “modernidad reflexiva” (Anthony Giddens, Ulrich Beck, etc.) no se cansan de hablar de ello. Pero no son tan inocentes como a veces parecen. También saben estos sociólogos que, con ello, para otros grupos sociales y quizás para los mismos, se están inaugurando al mismo tiempo nuevos regímenes de sujeción heterónoma. Y también saben que se está cargando sobre los hombros de los individuos el imperativo de encontrar soluciones individuales (o comunitarias) para problemas de carácter sistémico.



15) SOBRE VIEJAS Y NUEVAS COMUNIDADES

¿Tiene sentido seguir usando el término comunidad cuando se manifiesta tal diversidad empírica de “comunidades realmente existentes”, es decir, cuando comunidad parece ser el nombre que se le puede poner a prácticamente cualquier agrupamiento humano? ¿Sigue resultando de utilidad recurrir a este término que desde Tönnies en adelante ha sufrido tal revuelco de su semántica?

Vargas Cetina (2002) cree que no, y explora en cambio las posibilidades que le ofrece el término “interfaz”, al menos para cierto tipo de comunidades no fundadas en la identidad entre sus miembros³⁹ sino más bien en la diferencia. En una línea similar, y por razones parecidas, Ayora Díaz (2002) procura analizar las potencialidades del concepto de “ensamblaje”. En suma, para los objetos que tienen entre manos, ellos optan de alguna manera por despedirse (con no pocos retaceos) de la “comunidad”.

En las intenciones de estos comentarios no se encuentra tomar posición en estos tan fructíferos debates. Tampoco se trata de desarrollar nuevas tipologías de la comunidad, como lo hace Brint (2001). Con menos ambiciones, y sin ánimo de “afinar” aquí el concepto para las necesidades puntuales de la investigación empírica, sólo se trata de subrayar la extraordinaria persistencia de la comunidad en la discursividad contemporánea. No hay prácticamente forma de acción colectiva que en algún momento no recurra a la mágica fórmula comunitaria. No existe casi ninguna programática estatal que deje de recurrir a la utilización del vocabulario comunitario para la definición de sus *targets* de gobierno.

En tal sentido, si vamos a seguir utilizando el término, habría que especificar más claramente de qué “comunidad” se trata. Más allá de que existan actualmente cada vez más ejemplos empíricos de comunidades basadas en la diferencia,⁴⁰ como bien lo advierte Vargas Cetina (2002), sigue siendo (hoy como antes) in-

³⁹ Como es mayormente el caso de las consideradas aquí, desde aquellas donde reina la *Wesenswille* de Tönnies hasta las dionisíacas “neo-tribus” de Mafessoli.

⁴⁰ Debe aclararse: se habla aquí de la diferencia entre sus miembros, porque la diferencia entre “nosotros” y “ellos” está en la base de cualquier comunidad, tanto en las viejas como en las más



herente a la comunidad esa sensación de estar “más o menos juntos” y avanzar (o retroceder) en cursos comunes de acción sobre la base de ciertos rasgos compartidos (intereses, gustos, riesgos, peligros, inclinaciones, orientaciones éticas o estéticas, aficiones, etc.). En cualquier caso, se impone al menos realizar algunas precisiones acerca de las enormes diferencias que, *grosso modo*, se vislumbran entre las viejas comunidades pre-sociales y las de la contemporaneidad, decididamente post-sociales.⁴¹

En primer lugar, caracterizaba a la vieja comunidad la adscripción compulsiva. En cierto modo, se nacía en una comunidad, y era ciertamente infrecuente o inusual su abandono. Por el contrario, las nuevas comunidades están signadas por la electividad, y tienen un tufillo a “libertad”, a curso de acción voluntariamente adoptado, ya sea proactiva como reactivamente frente a las vicisitudes que ofrece un mundo que ha amplificado la percepción de los riesgos.⁴²

En segundo lugar, la temporalidad. Las viejas comunidades eran en principio eternas, procedían de una memoria colectiva que se remontaba a un pasado lejano, a mitos fundacionales, y se suponía que en principio “todo así iba a seguir”. Por su parte, las comunidades del presente se caracterizan por su no permanencia, por su evanescencia, por vincular de algún modo las acciones de sus miembros sólo “hasta nuevo aviso”, hasta que se satisfagan las necesidades para las que habían surgido, o hasta que pierdan su capacidad de mantener bien altas las motivaciones de sus miembros como para que sigan optando por permanecer en ellas.⁴³

En tercer lugar, el territorio. La vieja comunidad era la de la comunalidad del territorio, entre otras tantas comunalidades. Le era imprescindible la

nuevas. Acerca de la articulación compleja del “nosotros” y el “ellos” hay interesantes sugerencias en Bauman (1994).

⁴¹ No se pretende que este inventario de diferencias sea exhaustivo. Sólo marcar algunas coordenadas a través de las cuales comparar viejas y nuevas comunidades.

⁴² Es obvio (ya se dijo antes) que también existen ciertas comunidades que se parecen mucho más a prisiones (con o sin rejas) que a territorios a explorar en cursos de acción más o menos libres de ataduras.

⁴³ Sin duda, esto está vinculado a la característica anterior, la que subrayaba el “aire de libertad” que algunas de las nuevas formas comunitarias arrastran consigo.



co-presencia. Pero muchas de las comunidades actuales están (son) desterritorializadas. No necesariamente deben coincidir los límites geográficos con los límites sociológicos de la comunidad. Las comunidades post-sociales de la contemporaneidad no requieren la co-presencia (pueden ser incluso “virtuales”), y con ello parecen haber llevado a su máxima expresión los mecanismos de “desanclaje” que Giddens (1993) identifica como rasgos inherentes a la sociedad moderna.⁴⁴

En cuarto lugar, la vieja comunidad era en realidad el reino de lo Uno: la familia, la aldea, la mutua dependencia del señor y de los administradores de los bienes sagrados, etc. En cambio, las nuevas comunidades son plurales: los individuos pueden adherir a muchas de ellas a la vez, entrar y salir de ellas, porque así lo quieren o porque son arrojados fuera. En cada una de estas comunidades los individuos despliegan y escenifican “parte” de lo que son, y cada una de ellas a su vez supone para ellos una diversidad de requerimientos normativos.⁴⁵

Para concluir: las viejas comunidades constituían una totalidad orgánica; pero, pese a este carácter orgánico, era un todo sin mayores divisiones interiores, sin partes constituyentes o integrantes, sin órganos. Las nuevas comunidades, por su parte, establecen un archipiélago de partes sin todo, sin borde exterior. No debería olvidarse, en este contexto, que estas nuevas comunidades son post-sociales, y que la principal totalidad que se ha visto resentida a través de estos recientes desarrollos ha sido la “sociedad” (quizás la última totalidad que se atrevieron a inventar los sociólogos).

16) PARA CONCLUIR: SOBRE LA(S) SOCIOLOGÍAS Y LA(S) COMUNIDAD(ES)

Ya fue considerado ampliamente en los comentarios anteriores el papel que jugó aquella generación de sociólogos clásicos en la invención de la polaridad

⁴⁴ Esto, a su vez, remite a los temas de la “integración sistémica” (funcional) y la “integración social” (normativa), que desde David Lockwood en adelante tanto aquejan a los sociólogos. Véase, por ejemplo, Habermas (1987) y Giddens (1991).

⁴⁵ Es posible que a estas cuestiones esté haciendo referencia Deleuze (1995) cuando habla de “dividuo” y de “modulación”. Véase Lindenberg, Schmidt-Semisich (1995).



conceptual comunidad-sociedad. Como también ya se dijo, aquel pionero trabajo de Tönnies reapareció directamente en las taxonomías de Max Weber. Pero también, de una manera u otra, en los grupos primarios y secundarios de Charles Cooley, en la distinción entre lo *folk* y lo urbano de Robert Redfield, y, sobre todo, en el famoso esquema de las *pattern variables* de Talcott Parsons. Dicho de otro modo, la historia de la sociología académica de buena parte del siglo XX está atravesada por esta polaridad, o por formas diversas de traducirla a otros problemas teóricos.

La desconversión del edificio de lo social no puede menos que repercutir en las producciones teóricas más recientes de la sociología. Dicho de otro modo, la sociología no podría dejar de tomar nota de esta desconversión. Por razones diversas, son pocos actualmente los que pudieran defender sin reticencias la vigencia actual del concepto de “sociedad”. A menudo, argumentan (con buenas razones) que ese término nació demasiado cortado al talle del Estado Nacional del siglo XIX o de una parte del XX, y que las nuevas realidades “globales” habrían dado consecuentemente por tierra con él.⁴⁶ Es decir, algún recibo han acusado respecto de las implicaciones teóricas de esta “desconversión de lo social”.

Pero llama la atención la escasa atención (explícita) que ha dispensado la reactivación de la “comunidad” en el conjunto de la teorización sociológica más relevante o, al menos, de la que tiene mayor difusión.⁴⁷ Hay pocas excepciones, entre ellas la de Bauman (2003), quien con su particular estilo ensayístico, propio de un incisivo comentarista de la sociedad moderna más que de un teórico sistemático, explora las derivas actuales de la comunidad, en el marco de la (no nueva, aunque actualmente redimensionada) tensión entre libertad y seguridad. Otra excepción la conformó hace unos años Maffesoli (1990), quien, en realidad, a la hora de conceptualizar, opta por las “tribus” y no por las comunidades, porque quizás desde su

⁴⁶ Esta es la posición del Giddens de (1993). Y no está solo en ello.

⁴⁷ Contrasta este “descuido de la comunidad” por parte de la sociología teórica con la atención que le han prestado algunos autores del mundo académico anglosajón vinculados a los *governmentality studies*, de inspiración foucaultiana (Rose, Miller, O’Malley, Dean, etc). Pero sería francamente erróneo considerar a estos aportes como genuinamente “sociológicos”, por una diversidad de razones acerca de las que no puede avanzarse demasiado aquí (véase de Marinis, 1999).



perspectiva aquél término exprese mejor lo que ve como un fenómeno contemporáneo de “recalentamiento” del lazo social.

Lo cierto es que sólo aparecen observaciones incidentales, pero no reflexiones sistemáticas acerca de la comunidad, en autores de la talla de Habermas, Giddens, Luhmann o Bourdieu. Es obvio que, de alguna u otra forma, “el tema” aparece, aunque denominado de otras formas, o subordinado a otros problemas. Y esto resulta francamente contrastante con el peso que tuvo la reflexión acerca de la comunidad en autores tales como Tönnies, Weber, o incluso el último Parsons (1966), quien acuñando el complejo concepto de “comunidad societal” quiso dar cuenta de una suerte de núcleo de moralidad de la sociedad, el pequeño cuadrado de la Integración en su (también cuadrado) famoso sistema AGIL.⁴⁸

Frente a esta ausencia de reflexión específica sobre la comunidad entre los teóricos contemporáneos de la sociología, las “subdisciplinas” sociológicas, o las “sociologías especiales” de corte empírico sí parecen haberle prestado la debida atención al problema. Así, se realizan numerosos estudios acerca de tal o cual “comunidad educativa”, de la “prevención comunitaria del delito” en tal barrio de tal ciudad, de la “comunidad de beneficiarios del programa social X”, de la “comunidad cultural del *hip hop*” en los suburbios de tal metrópolis, de “la comunidad de usuarios de los servicios telefónicos celulares” en aquella región, y miles de etcéteras más. Pero en muchos de esos estudios se sigue hablando ligeramente de comunidad como si nada hubiera sucedido desde Tönnies, como si no fuera imprescindible revisar el concepto y tomar nota de que se trata ahora de comunidades post-sociales, que emergen justamente cuando lo social se está desvaneciendo (si no lo hizo ya), cuando el Estado se hace magro (que no débil), cuando el individuo entra y sale de las comunidades tanto como se cambia de vestimentas (e identidades).

Como también ya se dijo antes, la sociología no nació solamente impulsada por un conjunto de autores que hoy llamamos clásicos, sino también por un complejo

⁴⁸ Existen varias discusiones interesantes y actuales acerca de la “comunidad societal” parsoniana. Por ejemplo, Alexander (2003), Opielka (2002), Chernilo (1999).



entramado de actores (médicos, policías, criminólogos, pedagogos, etc.) que hicieron de “lo social” su campo privilegiado de intervenciones. Así, entre quienes hoy trabajan en áreas estatales, subestatales, en el llamado “Tercer Sector”, o en actividades de consultoría, se manifiesta también un renovado énfasis sobre la comunidad. Estas personas pueden muy bien llevar a cabo su trabajo sin necesidad alguna del concepto de sociedad, “pasando de él”. Por otro lado, utilizan (piensan) cada vez más referencias de tipo “comunitario” a la hora de diseñar sus programas “focalizados”, al sondear la opinión de tal o cual estrato de consumidores, al realizar un estudio prospectivo o un “análisis de escenarios” acerca de tal o cual iniciativa empresarial, sindical, o de una ONG, lo mismo da.

Con estos 16 comentarios no se trató tanto de “descubrir” un campo específico de indagaciones para la sociología, ni fundar (o refundar) una nueva “sociología especial”, esto es, una “sociología de la comunidad”.⁴⁹ Solamente quiso plantearse una reflexión acerca de algunas mutaciones que parecen haberse desencadenado en los últimos tiempos en las formas de agregación que asume la vida colectiva, y que pasan por una reactivación de la comunidad.

La “sociedad” es (ha sido) sin duda el objeto preciado de la sociología, su hija dilecta. Y hoy se ha desvanecido. O, al menos, se ha resentido considerablemente lo que ella significa(ba). No va a resolverse aquí el problema de si esta desconversión, y la concomitante reactivación del (ya tantas veces dado por muerto) objeto *Gemeinschaft*, necesariamente deba conducir a una “crisis de identidad” de la sociología. A través de su breve y accidentada historia, la sociología ya ha experimentado otras muy graves crisis de identidad, y como un tozudo boxeador, se ha levantado una y otra vez de la lona. Golpeada impiadosamente por acontecimientos que nunca alcanza a dominar del todo, por eventos que se le escapan, que se le escurren entre las mallas de sus grillas de inteligibilidad, sucede a menudo que la sociología vuelve a ponerse de pie, pero a veces sin hacer mayores esfuerzos por re-

⁴⁹ Por otro lado, no caben dudas de que más temprano que tarde las grandes editoriales anglosajonas lanzarán su *Sociology of Community*, o *Companion to Community Research*, si es que no lo han hecho ya.



visar el estatuto de aquello acerca de lo que piensa, y el de los procedimientos que utiliza para hacerlo. Si tuvo alguno de forma explícita, el propósito de este texto fue quizás el de poner de relieve el recurrente, intrínseco optimismo de la sociología acerca de los alcances y la eficacia de sus formas de representación. Acerca de todos estos temas, como es obvio, la “comunidad sociológica” no tiene una sola voz. Pero... ¿quién dijo que las comunidades sólo deben fundarse en la mismidad?

BIBLIOGRAFÍA

- Alexander, J., 1989, “La centralidad de los clásicos”, en Giddens y otros, *La teoría Social Hoy*, Madrid, Alianza
- Alexander, J., 2003, “Contradictions in the Societal Community: The Promise and Disappointment of Parsons’ Concept”, en *The Center for Cultural Sociology. Yale University. Working Papers*, junio de 2003. <http://research.yale.edu/ccs/papers.html> (Obtenido el 18 de agosto de 2004)
- Ayora Díaz, S. I., 2002, “Re/creaciones de la comunidad: Espacios translocales en la globalización”, *Cuadernos de Bioética*, 10. <http://www.cuadernos.bioetica.org/ensciones20.htm> (Obtenido el 15 de febrero de 2004)
- Bauman, Z., 1994, *Pensando sociológicamente*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires
- Bauman, Z., 1995, “Philosophie der Fitneß”, en *Die Tageszeitung*, 25-03-1995 (19-21)
- Bauman, Z., 1996, “Gewalt - modern und postmodern”, en Miller, Soeffner (eds.), *Modernität und Barbarei. Soziologische Zeitdiagnose am Ende des 20. Jahrhunderts*, Frankfurt/Main, Suhrkamp (36-67)
- Bauman, Z., 1999, *La Globalización. Consecuencias Humanas*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires
- Bauman, Z., 2002, *Modernidad Líquida*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires
- Bauman, Z., 2003, *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Siglo XXI, Madrid
- Brint, S., 2001, “Gemeinschaft Revisited: A Critique and Reconstruction of the Community Concept”, en *Sociological Theory*, 19:1, March 2001 (1-23)
- Burchell, G., 1993, “Liberal government and techniques of the self”, en *Economy and Society* 22 (3) (267-282)
- Cardarelli, G. y M. Rosenfeld, 1998, *Las participaciones de la pobreza. Programas y proyectos sociales*, Buenos Aires, Paidós



- Coutu, M., 1999, "La Nation entre Communauté et Société: Réflexions Autour de Ferdinand Tönnies et de Max Weber", en Coutu, Bosset, Gendreau y Villeneuve (dirs.), *Droits Fondamentaux et Citoyenneté : Une Citoyenneté Fragmentée, Limitée, Illusoire?* Montréal, Québec, Editions Thémis, 1999 (141-161). También disponible en http://www.themis.umontreal.ca/consultation_gratuite/droits_fondamentaux/8_coutu.pdf (Obtenido el 8 de diciembre de 2004).
- Crawford, A., 1997, *The Local Governance of Crime: Appeals to Community and Partnerships*, Oxford, Clarendon Press
- Crawford, A., 1998, *Crime Prevention and Community Safety. Politics, Policies and Practices*, Harlow, Longman
- Cruikshank, B., 1994, "The will to empower: technologies of citizenship and the war on poverty", en *Socialist Review* 23 (4) (28-52)
- Cruikshank, B., 1996, "Revolutions within: self-government and self-esteem", en Barry, Osborne, Rose (eds.), *Foucault and political reason. Liberalism, neo-liberalism and rationalities of government*, Londres, UCL Press (231-251)
- Chernilo, D., 1999, "Integración y diferenciación. La teoría de los medios simbólicamente generalizados como programa progresivo de investigación", en *Cinta de Moebio*, 6, septiembre de 1999. www.moebio.uchile.cl (Obtenido el 14 de octubre de 2002)
- de Ipola, E., 1992, "La democracia en el amanecer de la sociología" en *Sociedad*, 1 (99-118)
- de Marinis, P., 1999, "Gobierno, gubernamentalidad, Foucault y los anglofoucaultianos (Un ensayo sobre la racionalidad política del neoliberalismo)", en Ramos Torre y García Selgas (eds.), *Globalización, riesgo, reflexividad. Tres temas de teoría social contemporánea*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas (73-103)
- de Marinis, P., 2000, *Überwachen und Ausschließen. Machtinterventionen in urbanen Räumen der Kontrollgesellschaft*, Centaurus Verlagsgesellschaft, Pfaffenweiler
- de Marinis, P., 2002, "Ciudad, 'cuestión criminal' y gobierno de poblaciones". *Política y Sociedad. Revista de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid*, vol. 39/2 (319-338)
- de Marinis, P., 2003, "Un/sicherheit/en ohne Gesellschaft/en: fünf Dimensionen eines postsozialen Zeitalters", en Stangl y Hanak (eds.) *Jahrbuch für Rechts- und Kriminalsoziologie '02. Innere Sicherheiten*, Nomos Verlagsgesellschaft, Baden-Baden
- de Marinis, P., en prensa, "Políticas de seguridad (entre la comunidad, el Estado y el mercado)", *Iter-Criminis. Revista del Instituto Nacional de Ciencias Penales*, México.



- Dean, M., 1995, "Governing the unemployed self in an active society", en *Economy and Society*, vol. 24/4 (559-583)
- Dean, M., 1999, *Governmentality. Power and Rule in Modern Society*, Sage, Londres
- Deleuze, G., 1995, "Post-scriptum sobre las sociedades del control", en *Conversaciones 1972-1990*, Pre-Textos, Valencia (277-286)
- Donzelot, J., 1984, *L'invention du social*, Paris, Fayard
- Durkheim, E., 1973, *La educación moral*, Shapire, Buenos Aires
- Durkheim, E., 1982, *Historia de la educación y de las doctrinas pedagógicas. La evolución pedagógica en Francia*, Madrid, La Piqueta
- Durkheim, E., 1985, *De la División del Trabajo Social*, Planeta-Agostini, Barcelona
- Elias, N., 1987, *La sociedad de los individuos*, Península, Barcelona
- Fach, W., 2000, "Staatskörperkultur. Ein Traktat über den 'schlanken Staat'", en Bröckling, Krasmann y Lemke (eds.), *Gouvernementalität der Gegenwart. Studien zur Ökonomisierung des Sozialen*, Frankfurt/Main, Suhrkamp
- Farfán, R., 1998, "F. Tönnies: la crítica a la modernidad a partir de la comunidad", en Zabludovsky (coord.), *Teoría sociológica y modernidad. Balance del pensamiento clásico*, UNAM/Plaza y Valdés, México (187-212)
- Fistetti, F., 2004, *Comunidad. Léxico de Política*, Buenos Aires, Nueva Visión
- Foucault, M., 1984, "Space, Knowledge and Power", en Rabinow (ed.), *The Foucault Reader*, New York (239-256)
- Foucault, M., 1987, *Historia de la Sexualidad. Tomo I*, Siglo XXI, México
- Foucault, M., 1989, "El ojo del poder", en Bentham, *El Panóptico*, La Piqueta, Madrid
- Foucault, M., 1990, *Tecnologías del yo y otros textos afines*, Barcelona, Paidós
- Foucault, M., 1991a, "Nuevo orden interior y control social", en *Saber y Verdad*, Madrid, La Piqueta (163-166)
- Foucault, M., 1991b, "La Gubernamentalidad", en AA.VV., *Espacios de Poder*, Madrid, La Piqueta (9-26)
- Foucault, M., 1991c, "Seguridad social: un sistema finito frente a una demanda infinita", en *Saber y Verdad*, Madrid, La Piqueta (209-228)
- Foucault, M., 1996a, *Las redes del poder*, Almagesto, Buenos Aires
- Foucault, M., 1996b, "El discurso sobre el poder (entrevista con Ducio Trombadori)", en Foucault, *El yo minimalista y otras conversaciones*, Buenos Aires, La Marca (33-50)
- Foucault, M., 2000, *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica
- García Selgas, F., 2003, "Para una ontología política de la fluidez social: el desbordamiento de los constructivismos", en *Política y Sociedad*, 40/1 (27-55)



- Garland, D., 1997, "Governmentality' and the problem of crime", *Theoretical Criminology*, 1(2) (173-214)
- Gatti, G., 2004, "La teoría sociológica visita el vacío social". <http://www.uv.es/~viherma/documents/gatti5.pdf> (Obtenido el 6 de septiembre de 2004)
- Giddens, A., 1988, *El capitalismo y la moderna teoría social*, Labor, Barcelona
- Giddens, A., 1991, *La Constitución de la Sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Amorrortu Editores, Buenos Aires
- Giddens, A., 1993, *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza Editorial
- Gordon, C., 1991, "Governmental rationality: an introduction", en Burchell, Gordon, Miller (eds.), *The Foucault Effect. Studies in Governmentality*, Hemel Hempstead, Harvester Wheatsheaf (1-51)
- Habermas, J., 1987, *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Taurus
- Hennis, W., 1987, *Max Webers Fragestellung. Studien zur Biographie des Werkes*, Mohr (Siebeck), Tübingen
- Lemke, T., Krasmann, S., Bröckling, U., 2000, "Gouvernementalität, Neoliberalismus und Selbsttechnologien. Eine Einleitung", en Bröckling, Krasmann, Lemke (eds.), *Gouvernementalität der Gegenwart. Studien zur Ökonomisierung des Sozialen*, Frankfurt/Main, Suhrkamp (7-40)
- Lewkowicz, I., 2004, *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*, Buenos Aires, Paidós
- Lindenberg, M., Schmidt-Semisch, H. 1995), "Sanktionverzicht statt Herrschaftsverlust: Vom Übergang in die Kontrollgesellschaft", en *Kriminologisches Journal* 27 (2-17)
- Luhmann, N., 1996, "Jenseits von Barbarei", en Miller, Soeffner (eds.), *Modernität und Barbarei. Soziologische Zeitdiagnose am Ende des 20. Jahrhunderts*, Frankfurt/Main, Suhrkamp (219-230)
- Maffesoli, M., 1990, *El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en las sociedades de masas*, Icaria Editorial, Barcelona
- Miller, P., Rose, N., 1990, "Governing Economic Life", en *Economy and Society*, 19 (1-31)
- Nisbet, R., 1996, *La formación del pensamiento sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu
- O'Malley, P., 1996, "Risk and responsibility", en Barry, Osborne, Rose (eds.), *Foucault and political reason. Liberalism, neo-liberalism and rationalities of government*, UCL Press, Londres (189-207)
- O'Malley, P. Palmer, D., 1996, "Post-Keynesian Policing", en *Economy & Society*, 25/2 (137-155)



- Opielka, M., 2002, "Die groben Unterschiede. Der Wohlfahrtsstaat nach Parsons und Luhmann", en Hellmann, Fischer, Bluhm (eds.), *Das System der Politik. Niklas Luhmanns politische Theorie in der Diskussion*, Opladen, Westdeutscher Verlag
- Osborne, T., Rose, N. 1997, "In the name of society, or three theses on the history of social thought", en *History of the Human Sciences*, 10 (3) (87-104)
- Parsons, T., 1966, *Societies: Evolutionary and Comparative Perspectives*, Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice-Hall
- Rose, N., 1996, "The death of the social? Re-figuring the territory of government", en *Economy and Society*, 25 (3) (327-356)
- Rose, N., 1997, "El gobierno en las democracias liberales 'avanzadas': del liberalismo al neoliberalismo", en *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, 29 (25-40)
- Rose, N., 1999, *Powers of freedom. Reframing political thought*, Cambridge University Press, Cambridge
- Schluchter, W., 1979, *Die Entwicklung des okzidentalen Rationalismus. Eine Analyse von Max Webers Gesellschaftsgeschichte*, Tübingen, Siebeck
- Simmel, G., 1890, *Über soziale Differenzierung. Soziologische und psychologische Untersuchungen*, Duncker & Humblot, Leipzig
- Simmel, G., 1908, *Soziologie. Untersuchungen über die Formen der Vergesellschaftung*, Duncker & Humblot, Berlin
- Sozzo, M. (ed.), 1999, *Seguridad Urbana: Nuevos Problemas, Nuevos Enfoques*, Santa Fe, Editorial UNL
- Stanley, C., 1995, "Teenage kicks: Urban narratives of dissent not deviance", en *Crime, Law & Social Change*, 23 (91-119)
- Stenson, K., 1993, "Community Policing as a Governmental Technology", en *Economy & Society*, 22 (3) (373-389)
- Tönnies, F., 1979, *Comunidad y asociación*, Península, Barcelona
- Vargas Cetina, 2002, "La asociación efímera. Repensando el concepto de comunidad desde la literatura cyberpunk", *Cuadernos de Bioética*, 10. <http://www.cuadernos.bioetica.org/doctrina38.htm> (Obtenido el 15 de febrero de 2004)
- Villacañas, J. L., 1996, "Tönnies versus Weber", en Cortés y Monsalve (eds), *Liberalismo, Comunitarismo, Derechos Humanos y Democracia*, Valencia, Alfons el Magnánim
- Walters, W., 1997, "The 'active society'. New designs for social policy", en *Policy and Politics*, 25 (3) (221-234)
- Wallerstein, I., 1999, *El legado de la sociología, la promesa de la ciencia social*, en Briceño León y Sonntag (eds.), Nueva Sociedad, Caracas



Weber, M., 1982, *Escritos Políticos*, México, Folios

Weber, M., 1984, *Economía y Sociedad. Esbozo de Sociología Comprensiva*, Fondo de Cultura Económica, México

Zeitlin, I., 1970, *Ideología y teoría sociológica*, Amorrortu, Buenos Aires

Protocolo para citar esta versión: de Marinis, P., 2005, "16 comentarios sobre la(s) sociología(s) y la(s) comunidad(es)", en *Papeles del CEIC*, nº 15, CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), Universidad del País Vasco, <http://www.ehu.es/CEIC/papeles/15.pdf>

Fecha de recepción del texto: octubre de 2004

Fecha de evaluación del texto: diciembre 2004

Fecha de publicación del texto: marzo de 2005